

Del incunabile al e-book

Javier Escobar Isaza

La transición del manuscrito medieval al libro impreso

Más de cuarenta años después de la invención de la imprenta por Gutenberg, en el año de 1483 se publicó en Venecia una versión impresa de la *Metafísica* de Aristóteles, uno más de los múltiples incunables que se ocuparon del filósofo por antonomasia¹. La ilustración que sirve de presentación a este escrito reproduce la primera página de ésta y nos invita a una observación cuidadosa. Lo primero que salta a la vista son dos columnas de texto sobrepuestas al trasfondo de un edificio de arquitectura renacentista, cubierto por ellas casi en su totalidad, pues apenas se insinúa la fachada por los lados y en los bordes inferior y superior. En la franja superior hay un balcón ocupado por siete sabios, uno de los cuales señala con la mano derecha hacia arriba, donde un rollo de pergamino lleva escrito, en latín, el título de la obra: *Liber primus metaphysice*, mientras la mano izquierda parece señalar hacia abajo, hacia el manuscrito allí desplegado. La franja inferior, por su parte, consta de una serie de ciervos y liebres, un fauno y un niño. Resulta evidente que todo está centrado en el escrito y que los símbolos empleados buscan resaltar lo allí consignado. Aunque es muy probable que una

parte importante de los contenidos simbólicos que encierra el cuadro se nos escapen, lo mínimo que logramos es participar en el ambiente pictórico, de claras referencias renacentistas, pero también medievales. Por lo demás, ilustraciones como éstas nos remiten a una realidad que había formado parte importante de la actitud del hombre medieval ante el libro: la obra del ilustrador del manuscrito ayudaba a crear una interpretación del mismo, que se expresaba por medio de los colores, temas y dibujos empleados, de suerte que el lector, ante la experiencia visual de tales imágenes, se compenetraba, desde antes de leer, con la visión allí expresada. Dentro del contexto de este ambiente pictórico, observemos el escrito. Lo primero que salta a la vista es que no parece impreso en papel sino en pergamino —en vitela para ser más precisos—;² ya se trate de un auténtico pergamino, algo muy en boga en aquella primera etapa de la impresión de libros, ya del trabajo del ilustrador que, mediante la pintura, creó la apariencia de uno. Lo segundo que vemos son las viñetas a pleno color y la letra capitular “O” del inicio, con una figura femenina en el centro, de corte renacentista, que nos remite al mundo clásico y nos hace pensar que tal vez un detalle de uno de los siete sabios posea un simbolismo particular. Me refiero a



lo que hizo el ilustrador cuando puso a la izquierda, y como si estuviera un tanto al margen del manuscrito que acaparaba el interés de los demás, a un teólogo medieval, concentrado en su propio texto. Lo tercero, si observamos las letras con atención, veremos que el impresor pareció hacer cuanto estaba a su alcance para que el texto, en lugar del aspecto de un impreso, tuviera el de un manuscrito. Se confirma esta intención con algunos detalles ortográficos empleados, a saber, cuando escribe *Metahpysice*, en lugar de *Metaphysicae*, como lo habría exigido la ortografía renacentista, o cuando emplea una serie de virgulillas o tildes encima de ciertas vocales, en reemplazo de letras completas, como en el caso de la segunda línea y siguientes, donde encontramos: “*signum autem est sensuum dilectio*”, (“señal de lo cual es el amor de los sentidos”) en lugar de la forma gráfica completa: “*signum autem est sensuum dilectio*”. Se acudía así a una convención tradicional de los amanuenses para economizar tiempo al escribir, que ya, en un mundo impreso, resultaba no sólo innecesaria sino inconveniente, pero que se conservaba en este afán por imitar el texto manuscrito.

Resulta evidente que lo único impreso es lo que ha quedado incluido dentro de la caja del texto, aunque también haya aquí varios elementos pintados a mano: las viñetas entre las columnas de texto, además de la letra capitular. El resto de la obra pictórica no está hecha, dicho sea de paso, mediante la técnica de la xilografía, sistema de impresión tan en boga en la época, pues es total la carencia de rasgos típicos del grabado en madera. Por otra parte, la observación de que disponemos no nos permite definir si el texto mismo se imprimió en una prensa de tipos móviles o si se trata, aquí sí, de una impresión xilográfica. Sea ello lo que fuere, el hecho es que nos encontramos ante un extraño híbrido de libro impreso renacentista, manuscrito medieval y obra pictórica, lo que nos pone en presencia de un excelente ejemplo ilustrativo de un momento de transición en la historia del libro. La imprenta, con su tecnología de tipos móviles, había entrado ya, en forma arrolladora, en el mundo de la cultura europea (baste con recordar que en la segunda mitad del siglo XV se imprimieron unos diez mil libros, lo que constituye un éxito inaudito para una tecnología tan nueva, en una época de difíciles comunicaciones y transporte). El impresor mismo, sin embargo, era aún incapaz de abandonar el concepto

de libro que siempre lo había acompañado, como si experimentara nostalgia por aquella forma que moría, o que él ayudaba a matar, o como si simplemente se plegara a la tradición, a pesar de la tecnología nueva que iba en contra de ella.

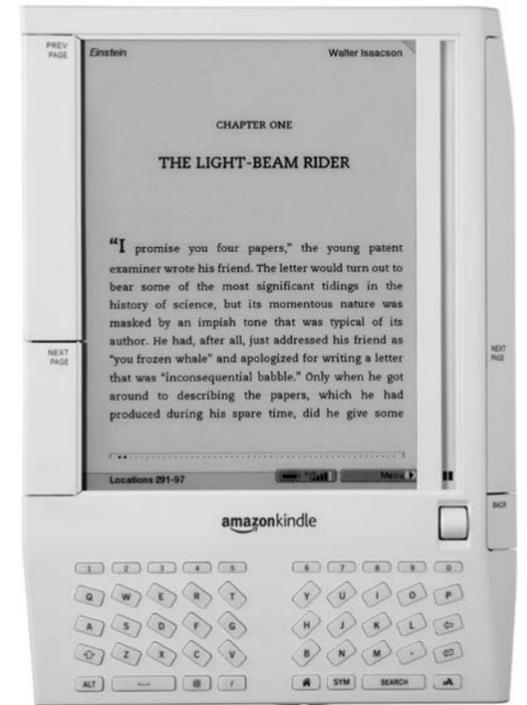
El libro impreso trajo consigo mil beneficios: mayor fidelidad en la transmisión, economía de tiempo en su fabricación, rebaja de costos, democratización del saber, facilidad de acceso, estímulo para la publicación de obras en lengua vulgar y no sólo en latín, mayor durabilidad de la obra y facilidad en su conservación, y freno a las imposiciones de la censura estatal y eclesiástica. Con todo, rompía a la vez con tradiciones de peso: con la imagen de un libro que no era sólo eso sino a la vez obra de arte, símbolo de distinción social, de superioridad frente a los que no podían poseer manuscritos, de separación entre los cultos e incultos y, sobre todo, de riqueza. Era entonces inevitable que muchos añoraran el libro viejo, y que los mismos impresores sólo con lentitud, después de muchos años de tanteos y lento progreso, lograran liberarse del peso de aquella tradición milenaria que se oponía al cambio.

Se podrían multiplicar los ejemplos de la actitud ambigua ante el libro impreso que empezaba su recorrido histórico, pero bastará con citar el ejemplo de uno de los grandes artistas de la época: Durero, quien no sólo realizó soberbias xilografías, plenamente dentro del espíritu de la nueva concepción del libro impreso, sino que también concibió ese mismo libro como un excelente espacio para sus miniaturas pictóricas y a todo color, como lo muestra el caso de los niños que pone en actitud de lucha durante su juego infantil, en la primera página del texto griego de la *Iságoe* de Porfirio que ilustró para uno de sus buenos amigos, el humanista Willibad Pirckheimer.³

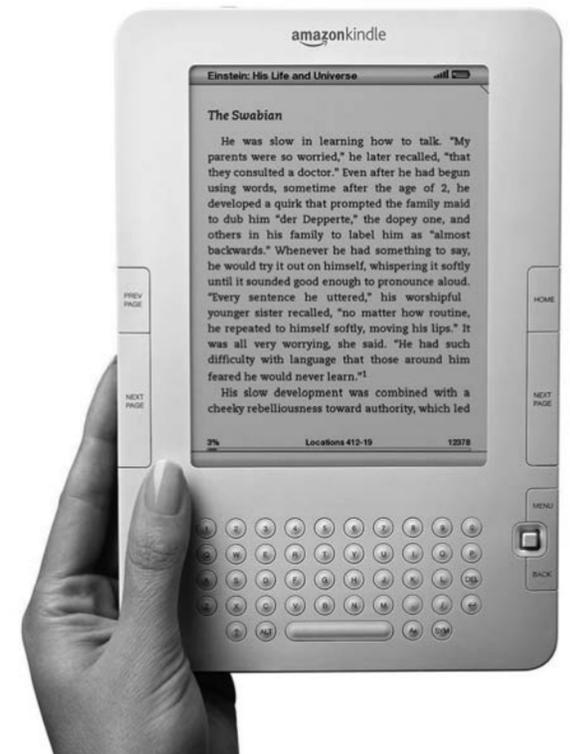
Y si echáramos la mirada hacia atrás, hacia la época en que los antiguos volúmenes (o rollos) fueron reemplazados, en tiempos del Imperio Romano, por el libro rectangular cosido, seguramente también encontraríamos que allí afloró la añoranza por el modelo que moría, acompañada quizás, por más de uno, del rechazo de la nueva tecnología. Aún hoy parece quedarnos algún vestigio de aquella añoranza, en las ceremonias religiosas judías, donde la Torá sigue presentándose no en forma de libro cosido, sino como un volumen, un rollo.

Pero la evolución del libro siguió su marcha, esa marcha inexorable de la historia. Estamos ante una instancia más de una tremenda condición de la existencia, que podemos formular con una tautología tan precisa como trágica: lo inevitable siempre ocurrirá... Sísifo se ve obligado a recoger su piedra cada día y subirla al monte, aunque sepa que en la noche ésta volverá a su sitio. Es inevitable que el ser humano desarrolle nuevos saberes y que de aquellos se desprendan a su vez nuevos progresos técnicos, y esto lo afirma Aristóteles en el mismo texto latino de la ilustración que tenemos ante nuestros ojos; a saber: “*Omnes homines natura scire desiderant*”, “todos los hombres por naturaleza desean saber”. La búsqueda del saber, la inquietud intelectual, le viene dada al hombre por su misma naturaleza y no le es posible huir de ella. No podía entonces evitarse que, una vez resuelto por el hombre, mediante el invento de la escritura, el problema de la transmisión de su pensamiento a otras generaciones y lugares geográficos, hubiese llegado el momento de inventar los primeros libros, en una u otra forma, y fue inevitable que una de ellas, el rollo, diera lugar luego a otro tipo de libro, más práctico. Con el tiempo se llegó al manuscrito del medioevo, que siglos después fue reemplazado por el libro impreso. Y fue necesario que, una vez inventado éste, se produjera la eclosión de escritos que transformarían el mundo y crearían una nueva era en la historia de la humanidad.

Lo inevitable del progreso en el saber y la técnica, sin embargo, produce resultados que en un primer momento son de mal recibo, pues uno de sus efectos consiste en alterar nuestras rutinas e interferir en unas costumbres que ya hemos hecho nuestras. Nos duele abandonar lo conocido, aunque esté caduco, y nos aferramos a ello como si fuera indispensable. Y en este contexto de intentar negar lo inevitable, hasta que por fin se impone, también el libro impreso quiso conservar lo ya fenecido, o al menos algo de ello, en un esfuerzo vano que duró muchos años. Por fin, sin embargo, los impresores pudieron ser plenamente consecuentes con las características del nuevo invento, y abandonaron los híbridos de texto impreso e ilustración manual al estilo medieval, dejando de lado la cantidad de símbolos de carácter taquigráfico de aquellos manuscritos y olvidándose de la imitación de los caracteres manuscritos, para pensar más bien en que



Amazon Kindle 2007 y 2009



los tipos móviles produjeran impresiones más claras y legibles. Por fin el libro impreso se había adueñado del mundo, relegando al otro, al medieval, a piezas de museo o de colección, o a objetos de investigación para historiadores.

Las consecuencias del nuevo invento son imposibles de medir. El Renacimiento, la Ilustración, la Edad Moderna, los progresos científicos, musicales, artísticos, políticos y sociales de los siglos que siguieron a Gutenberg, fueron posibles por cuenta de este invento. Y como el espíritu humano se veía obligado a seguir deseando y buscando el saber con sus cada vez más asombrosas y numerosas aplicaciones, las ciencias y tecnologías siguieron creciendo en forma exponencial, apoyadas en buena medida en ese nuevo invento del libro impreso, hasta que por necesidad, cuando las posibilidades de aquel mundo post-gutenberg llegaron al punto de saturación, se produjo —o se está produciendo— un verdadero cambio de paradigma, un auténtico cambio de era. Y es allí donde nos encontramos ahora, en estos comienzos del siglo XXI.

La digitalización de todo

Lo que existe se puede digitalizar

En los últimos años del siglo XX se dio el salto: pasamos de la era de la información analógica al mundo de la información digital, que transformó, en el muy breve espacio de veinte o treinta años, toda nuestra manera de enfrentar la realidad. Se está produciendo una remezón tal, y se está haciendo a una velocidad tan vertiginosa, que no sabemos, ni barruntamos siquiera, cuáles serán sus consecuencias mediatas, y mucho menos las remotas. Aquel gigantesco alud del progreso del saber humano, que creció en forma casi incontrolable desde Gutenberg, convertido en información digital que ya no se mide sólo en bytes, ni kilobytes, megabytes, gigas, o terabytes, sino en petabytes y quién sabe en cuántas otras medidas impensables, rebasa las posibilidades de nuestra imaginación.

Mientras a comienzos del siglo XX nos sentimos conmovidos ante la transcripción analógica del sonido en los discos recién inventados y su transmisión por medio de las ondas herzianas, y fuimos perfeccionando la tecnología con equipos de una calidad sonora siempre mejor que no parecía superable, la segunda mitad del siglo nos trajo la grabación digital y la transmisión

digitalizada del sonido. Si a comienzos del siglo XX disfrutábamos de la fotografía y el cine que nos legó el XIX y fuimos perfeccionándolos, hasta lograr cámaras fotográficas y cinematográficas de una definición gráfica que creíamos máxima, ya a fines de siglo la imagen se había digitalizado, y también lográbamos fotografías de este tipo con una definición asombrosa, que nada tenían que envidiarles a las mejores cámaras tradicionales, y poseían la ventaja adicional de la velocidad en su captación y reproducción, además de que nos permitían transmitir esas imágenes perfectas en forma inmediata, por medio de Internet o de una televisión de alta definición, o verla en nuestros propios equipos digitales o de video. Si la imprenta procedía, por medios mecánicos, a imprimir a velocidades cada vez mayores un número creciente de libros, mediante el uso de planchas y prensas que alcanzaron un grado muy alto de sofisticación, la electrónica, al abrirnos el camino de la digitalización de esos procesos, nos permitió convertir, mediante el escaneo, los libros impresos en imágenes digitales y las palabras en bits, con lo que pudimos transmitir por la Internet, hasta los rincones más remotos del planeta, miles de páginas en cuestión de segundos.

El libro electrónico

Ya desde 1971, Michael Hart había concebido un proyecto que, de manera muy significativa, recibió el nombre de *Proyecto Gutenberg* y que consistía en digitalizar la totalidad de las obras escritas en el transcurso de los siglos, teniendo como primera meta llegar a la cifra de un millón. Fue un trabajo de colaboración voluntaria, en el que los escritos físicos se convertían, mediante la digitación, en archivos digitales de texto muy simple, sin formato especial de ninguna clase, a fin de que, en aquellos albores de los computadores cuando aún no existía la Internet, cualquiera pudiera usarlos. La simplicidad de los archivos evitaría las posibles dificultades surgidas de las diferencias de formato que, según preveía su creador, iban a surgir con el tiempo, como de hecho ha ocurrido. Desde mediados de los noventa comenzó a popularizarse la Internet y allí encontró el Proyecto Gutenberg un nuevo nicho ecológico, que le dio una vigencia mayor; vigencia que se conserva aún hoy, con cerca de 30.000 obras digitalizadas. El proyecto inicial ha sufrido una serie de modificaciones, pues en la actualidad, ante las

nuevas condiciones de la Internet —sobre todo el aumento del ancho de banda, que agiliza la transmisión de archivos— los textos de las obras aparecen también en otros formatos, además de aquel archivo de texto simple y algo primitivo. Pese a su importancia en el proceso de la digitalización del mundo de los libros escritos en el transcurso de los siglos, este esfuerzo resultaba demasiado limitado en sus alcances y posibilidades, por sus condiciones técnicas y económicas. Otra limitante sería el hecho de que la inmensa mayoría de las obras se encontraba en lengua inglesa (de la totalidad de obras que tenía en 2009, 267 eran en español, 364 en portugués, 1.497 en francés y 25.496 en inglés).⁴

Paralelamente al proyecto de Hart han surgido múltiples bibliotecas digitales, creadas en los más variados campos del saber y en múltiples ámbitos lingüísticos, lo mismo que grandes empresas de comunicaciones dedicadas a la creación de páginas web en las que se da acceso a información científica y literaria de los diferentes campos. Algunas de ellas (las menos) son de libre acceso, pero otras requieren una suscripción, cuyos costos suelen ser excesivos para individuos que viven en países como el nuestro, pues están pensadas en realidad para las grandes instituciones, como las bibliotecas universitarias. Para sólo poner un ejemplo entre mil, ProQuest es una empresa internacional de origen inglés (<http://www.proquest.co.uk/en-UK/aboutus/default.shtml>) que ofrece acceso a más de 125.000 millones de páginas digitales en las bases de datos de más de nueve mil editores, que abarcan más de quinientos años y ofrecen, a las entidades educativas, la suscripción a sus diferentes productos, que recorren todos los campos del saber y de la ciencia.

Es preciso añadir que los textos que se encuentran en este tipo de bases de datos suelen ser utilizables sólo para una lectura y búsqueda realizadas sobre la pantalla de un computador, con las dificultades que esto implica, a no ser que se proceda a su impresión, con los considerables costos y trabajo adicional que esto exige.

Entre tantos proyectos en desarrollo, hay uno que amerita atención especial, por su envergadura y sus abundantes recursos científicos, técnicos y financieros: Google Books, un proyecto que, desde hace algunos años, adelanta Google para digitalizar las obras que

se encuentran en las grandes bibliotecas de los diferentes países⁵ y, eventualmente, darnos acceso a todas las obras actualmente vigentes en los catálogos de las editoriales y bibliotecas del mundo entero. Cuando se inició el proyecto, el primer cálculo que escucharon sus creadores se hizo con referencia a los siete millones de volúmenes que poseía la biblioteca de la Universidad de Michigan. Los expertos en la materia les informaron que escanear aquel material exigiría, con la tecnología disponible, alrededor de mil años de trabajo. Larry Page, uno de los fundadores de Google, replicó entonces, no sin sarcasmo, que entonces habría que reducirlos a seis. Siguió un proceso complejo para desarrollar sistemas de escaneo y digitalización que, por una parte, no dañaran los libros y, por otra, trabajaran a una gran velocidad. Con nuevos programas y aparatos se fue creando esta gigantesca biblioteca. En sus inicios, el proyecto digitalizó el material de sólo cinco bibliotecas: las universidades de Harvard, Michigan, Oxford y Stanford y la Biblioteca Pública de Nueva York, y hoy son ya unas treinta en todo el mundo, incluida, en el ámbito hispánico, la Complutense de Madrid.

El potencial de este proyecto, como fuente de acceso democrático al saber por medio de la Internet, es inimaginable, pero se topa con serios problemas, como el de los derechos de autor, que dieron por resultado una demanda, de parte de diversas organizaciones del mundo editorial en Estados Unidos. La demanda ocasionó un pleito de varios años, y por fin, en 2009, se llegó a un acuerdo entre las partes. Sin embargo, éste se encuentra aún pendiente de la última aprobación de la corte.⁶ El acuerdo, por lo demás, se limita a Estados Unidos, y quedan pendientes arreglos con la comunidad internacional. De la solución de asunto tan complejo dependerá en buena medida el futuro de la presencia de la gran biblioteca digital del mundo en nuestras propias casas. Por ahora, la llamada Google Books Library está creando un catálogo completo de los libros existentes hoy, de suerte que el interesado pueda encontrar allí información bibliográfica completa sobre cada obra, incluyendo la referencia al lugar donde es posible encontrarla, el sitio web donde la venden —si se trata de una obra aún en venta—, y a menudo trozos ilustrativos del libro, para información del lector. Las obras que son de dominio público se pueden descargar de forma gratuita, para leerlas en el

computador del usuario o transferirlas a algún lector de libros electrónicos.⁷

Las obras que Google va colocando en su biblioteca son de dos tipos. Por una parte están las escaneadas, sin ninguna elaboración ulterior, que son en realidad copias fotográficas de los libros, en el formato llamado PDF. Éstas ofrecen particular interés, dada la exactitud de la reproducción, pero, por otra parte, traen consigo la dificultad de que son archivos mucho más “pesados” y que, además, no se adaptan a las variaciones que los dispositivos de lectura de libros electrónicos normales pueden introducir en sus textos, como son la realización de búsquedas o la modificación inmediata en el tamaño de la letra, para facilidad de quien lee. Al segundo tipo de obras pertenecen las que ya han sido propiamente digitalizadas, ya sea mediante la aplicación, al libro escaneado, de un programa de reconocimiento óptico de caracteres (u OCR), ya porque el texto, si es de edición reciente, venía en formato digital desde un principio. Esta clase de obras goza de todas las ventajas que ofrecen los modernos lectores de texto electrónico, lo que nos lleva al tema siguiente.

Formatos y lectores

Durante los años noventa —época de popularización y masificación del computador personal— y luego durante la primera década del nuevo siglo, se fue incrementando el interés por leer obras digitalizadas. Se empezaron a popularizar diferentes formatos, a la vez que aparecieron una serie instrumentos para su lectura en el computador personal, o en alguno de los asistentes digitales personales que hacían furor, como el Palm Pilot o la versión correspondiente de Microsoft, y ya en el siglo XXI también en los teléfonos celulares. Estos dispositivos podían recibir la descarga de varias obras, incluidos diccionarios, pues la capacidad de memoria había crecido de una manera poco antes impensable.

Formalmente había nacido, pues, el libro electrónico, *e-book* o e-libro. De manera semejante a lo ocurrido en el campo de la música, donde hubo una guerra encarnizada de formatos y se dio una larga lucha por evitar las copias “pirata”, también aquí se creó lo que muchos han llamado la “Torre de Babel” de los formatos y de sus respectivos lectores, con la consiguiente multiplicación de librerías virtuales, cada

una para comercializar obras en su propio formato. Resultaría fatigante recorrerlos todos, pues eran al menos veintisiete en el momento de escribir este artículo.⁸

Durante muchos años —el primer formato de *e-book* data de 1993— el éxito del libro electrónico fue muy reducido. El computador no resultaba adecuado para la lectura de libros, pues la retro-iluminación de las pantallas (el *backlighting* del que se habla, con uno de tantos anglicismos) necesariamente causaba fatiga en el lector, y la posición de las pantallas tampoco ofrecía la comodidad necesaria para una lectura larga, por lo que el computador siguió condenado a ser un instrumento de trabajo, y la lectura que en él se hacía era aquella que el trabajo exigía, y de manera muy especial la que resultaba necesaria en las labores investigativas. Por otra parte, los asistentes digitales personales, al igual que los teléfonos celulares, tenían dos defectos que rebajaban su atractivo como lectores: el tamaño demasiado reducido y la retro-iluminación. De estas limitaciones se desprendía que, aunque eran miles los dispositivos y lectores, casi nadie pensaría en sentarse, en un rato largo de descanso dominguero, a leer un libro en ellos: simplemente no resultaba ni agradable, ni a la larga posible. A esto hay que sumar, en contra de la popularización del libro electrónico, las características propias del libro físico, que ofrecía múltiples ventajas: lo fácil de llevar, que lo hacía sus-

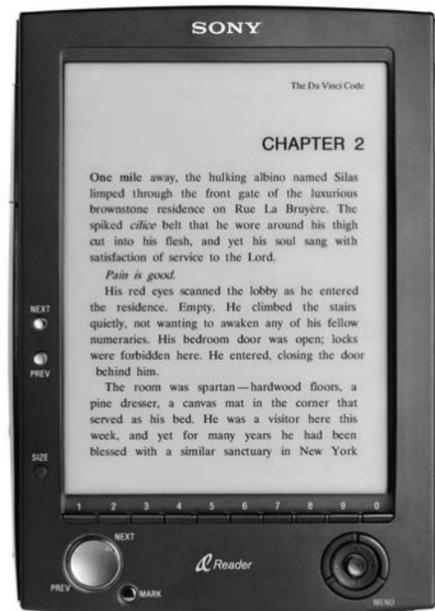
ceptible de ser leído en cualquier ambiente, incluso a plena luz del día; el carácter intimista que creaba, la facilidad de recorrer sus páginas o de volver sobre las preferidas y subrayarlas, la posibilidad de prestar el libro o de pedirlo prestado a un amigo, el peso de la tradición, de más de mil años de lectura de libros, y la calidad alcanzada en la impresión.

Pero volvemos a lo mismo: lo inevitable que son los procesos tecnológicos. La digitalización se había impuesto mundialmente en todos los ámbitos y el libro no podía evitar caer bajo su férula. Había que resolver, mediante nuevas tecnologías, los problemas que presentaba, pues sus ventajas eran innegables. En efecto, este libro economizaba papel —en un mundo preocupado con razón por el desperdicio de los recursos naturales del planeta—; además, su producción resultaba mucho más económica y su distribución prometía ser fácil, de suerte que se preveía que los libros electrónicos podrían rápidamente llegar a todos los rincones del planeta, a precios considerablemente menores, y muchos de ellos totalmente gratuitos. A esto se sumaba la posibilidad de tener, dentro de un mismo dispositivo lector, una biblioteca completa y, dados los progresos de la Internet, también una interacción inmediata con ésta, para realizar toda suerte de consultas mediante el establecimiento de hipervínculos que nos llevarían, del libro que estábamos leyen-

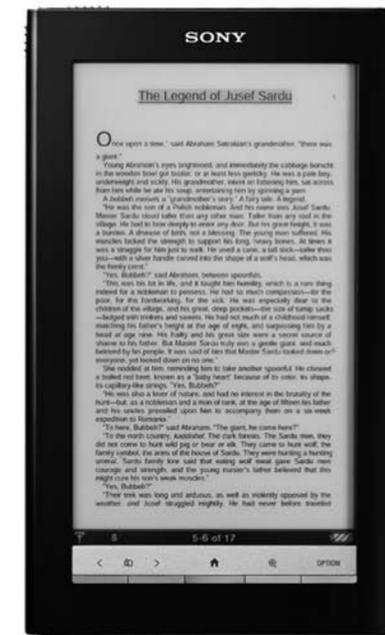
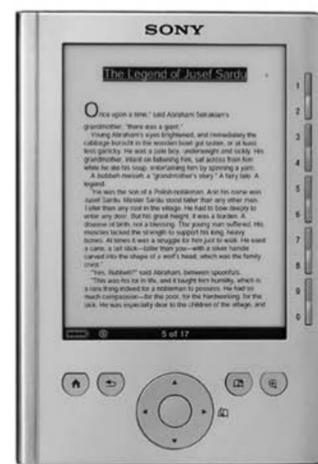
do, a diccionarios, enciclopedias, etc., en forma casi instantánea. Pero los inconvenientes señalados eran serios y requerían soluciones. Y, como de costumbre, el espíritu humano se ocupó del problema y halló la solución, que consistió en la invención y desarrollo del papel y tinta electrónicos.

El papel y tinta electrónicos

En el año de 1997, con base en el trabajo investigativo previo del Instituto Tecnológico de Massachusetts sobre la tecnología EPD (*Electronic Paper Display*), que a su vez se basaba en un trabajo previo de Xerox PARC, se creó la empresa E-Ink Corporation, dedicada a perfeccionar un invento que resultaría trascendental: el llamado papel electrónico, con el que se resolvía el problema de la retro-iluminación de las pantallas, pues éste no utilizaba aquella clase de iluminación sino una serie de micropartículas negras y blancas, que por medio de cargas eléctricas positivas y negativas creaban una superficie blanca como el papel, sobre la cual se producían las letras negras y las imágenes de diferentes tonos de gris. Los dispositivos que emplean esta tecnología pueden ser utilizados a plena luz del día, la percepción visual es igual a la del papel tradicional y el consumo eléctrico sustancialmente menor que el de computadores y celulares. Con la tinta electrónica, entonces, el problema principal del *e-book*



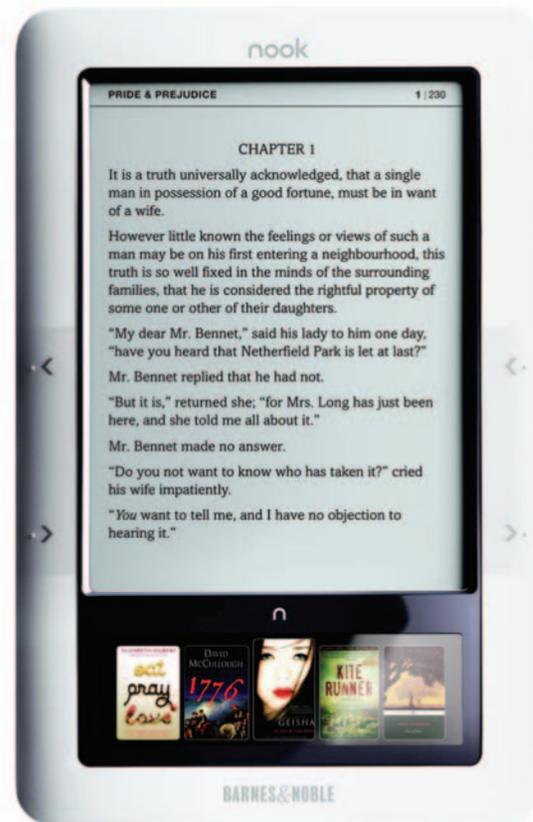
Sony Reader 2006



Distintas versiones del Sony Reader

quedó resuelto. Sólo faltaba que se popularizaran los dispositivos de lectura, y éstos comenzaron a llegar al mercado. El primero en emplear la nueva tecnología fue el Sony Reader de 2006, al que pronto siguió el Amazon Kindle, con una primera versión, en 2007. En los años 2008 y 2009 las dos empresas lanzaron nuevas versiones de sus lectores, a precios muy inferiores a los excesivamente altos del comienzo, y a fines de 2009 Barnes and Noble lanzó el Nook, que competiría seriamente con Sony, además de añadir una característica novedosa y muy atractiva para sus poseedores: la posibilidad de prestar a otras personas el libro que uno había comprado. Desde esa segunda mitad de 2009 existe en el mercado otra buena cantidad de lectores y se esperan aún más, de suerte que, entre los años 2009 y 2010, el libro electrónico llegará por fin a la mayoría de edad, convirtiéndose en una verdadera fuerza en el mundo de la lectura que, si bien no desbancará al libro tradicional en el corto plazo, sí cumplirá una función cada vez más importante en el mundo de la lectura.

Los tres dispositivos en que nos hemos detenido poseen características similares, pues utilizan la misma



Nook, de Barnes and Noble

tecnología, de suerte que las diferencias se dan principalmente a nivel de detalles de diseño, de los modos de adquirir los libros, y de características adicionales, como el ya mencionado para el Nook, de realizar préstamos, o la posibilidad que tiene Kindle de dejar que un sintetizador de voz lea el texto en voz alta, en aquellos momentos en que a uno le queda imposible leer en su dispositivo. Los tres lectores abordan uno de los problemas que hace más atractiva la adquisición de alguno de ellos: la manera de conseguir los libros y descargarlos en el lector. En el caso de Amazon Kindle, los libros se adquieren directamente desde el dispositivo mismo, que está conectado a la librería virtual de la empresa por vía inalámbrica, sin que el usuario tenga que pagar los costos de la conexión. En un comienzo, Kindle sólo podía atender el mercado norteamericano, pero Amazon resolvió el problema desde octubre de 2009, cuando comenzó a vender libros a usuarios de todo el mundo, por medio de redes de teléfonos móviles de última generación, mediante las cuales el Kindle se conecta directamente con Amazon. Tampoco en este caso se deberá pagar costo alguno por la conexión. El usuario entra entonces, desde su propio dispositivo, sin necesidad de utilizar computador alguno, en el almacén virtual de Amazon, escoge el libro que desea leer, paga mediante su tarjeta de crédito, y en un minuto lo encuentra ya guardado en su propio dispositivo. Por otra parte, tiene también la posibilidad de realizar, mediante la misma conexión inalámbrica, consultas en Wikipedia, además de conectarse con el computador personal. El Sony Reader no descarga libros de forma inmediata desde el almacén virtual hasta el dispositivo, pues la compra debe hacerse con la intermediación del PC. El Nook de Barnes and Noble, por su parte, también podrá descargar los libros en forma directa desde el almacén virtual, con la ventaja adicional de que, a diferencia del Kindle, posee, además, una conexión por Wi-Fi.⁹

La “Torre de Babel” a la que aludíamos, hace que no sea posible recibir, sin más, un libro de formato de Kindle en un lector de Sony y viceversa. Y lo mismo se puede decir de muchos de los demás fabricantes. Parece que la creación de formatos específicos para cada fabricante tuviera que ver con el afán de cada uno por obtener lo que suelen llamar la “fidelización” de los clientes; es decir, si yo soy cliente del fabricante

X, compraré sus libros y no otros. Es bien probable que, al pasar los años, este proceso de fidelización haya tenido el suficiente éxito como para que las librerías virtuales de los fabricantes que compiten entre sí decidan abrir los formatos, a fin de que cualquiera de nosotros, sea cual fuere el dispositivo que emplea, pueda tener acceso a cualquiera de esas librerías. Pero mientras ese día llega, seguiremos sometidos a la guerra entre empresas.

Por fortuna, ya se ha recorrido un buen camino en este punto: la creación de un formato abierto, el llamado *epub*, que pretende convertirse en el estándar para los libros electrónicos, y está siendo impulsado de manera especial en Europa, pero que ya el lector de Sony lee, el Nook leerá y el Kindle, si bien no lo recibe directamente aún, puede hacerlo en cualquier momento, siempre y cuando lo convirtamos antes al formato propio de Kindle: el *azw*. Esto, que puede sonar difícil para el lego en computadores, es en realidad muy fácil: basta con instalar un programa en el PC, que se descarga gratuitamente de la Internet —a saber, el lector de libros electrónicos Stanza—, de Lexcycle, que posee la capacidad de exportar archivos de formato *epub*, para convertirlos en archivos *azw*, dejándolos listos para su lectura en el Kindle.¹⁰

El problema del idioma

La decisión de masificar el uso de los libros electrónicos pasa necesariamente por el tema del idioma. Hoy la gran mayoría de los e-libros existentes se consiguen en lengua inglesa, y mientras los editores de habla hispana no se decidan a incursionar con fuerza en este campo, no será posible esperar que, entre nosotros, se imponga el libro electrónico, por muchas ventajas que ofrezca. Por fortuna, ya en España se está abordando el asunto. Hay un portal de libros llamado Mi eLibro (http://mielibro.com/es_index.html), que vende sus obras tanto en edición impresa como digital, con la ventaja de que las digitales son considerablemente más baratas, ¡casi a la mitad del precio! Además, los dueños de *Mi eLibro* distribuyen su propio lector, el *iLiber*, semejante a los ya reseñados, que recibe, entre otros, el formato *epub*, el mismo de los libros de aquel portal. Se trata de un esfuerzo de la máxima importancia, que podría convertirse en un hito dentro del proceso del libro electrónico en el mundo de habla hispana.

¿Y del futuro qué?

Apenas hemos empezado a desbrozar el campo que se está abriendo, en este mundo digitalizado, para el libro digital. Parece evidente que, al igual que su antecesor, el libro de Gutenberg, el digital acabará por imponerse. Aún se encuentra resistencia de parte de los amantes del libro tradicional, y es lógico que ello ocurra. Por otra parte, como ocurrió en el siglo XV, nosotros, al experimentar con la nueva tecnología, tenemos la tendencia de tratar de reproducir en ella lo mismo que hacíamos en la anterior, sin acabar de darles cabida a todas las posibilidades que ofrece. Para poner un ejemplo, no nos hemos desprendido aún del concepto tradicional de la “página” y de la paginación del libro, algo que ya no funciona en el libro electrónico, pues el número de páginas deja de ser una realidad objetiva (“tal libro tiene x número de páginas”) para convertirse en una realidad eminentemente subjetiva (“el libro que estoy leyendo tiene tantas páginas como yo, al seleccionar el tamaño de letra, lo obligue a tener”). Esto lleva a plantear un nuevo modo de referirnos a cualquier lugar dado dentro del libro, que no es ya el de “página”, sino el del lugar preciso que el texto ocupa dentro de la totalidad, que en el Kindle se llama su “locación”. Así, para poner un ejemplo, en la edición de Kindle de los Diálogos de Platón, traducidos al inglés por B. Jowett, hay un total 74.769 locaciones, y el comienzo del diálogo llamado el “Simposio” se halla en la locación 51.591, que no varía, por mucho que yo modifique el tamaño de la letra y, por ende, el número de páginas.

El libro electrónico, en este mundo interconectado de Internet, posee una serie de capacidades que jamás tuvo el libro clásico. Me refiero a la facilidad de interactuar con otros medios, mediante los hipervínculos que nos llevan o llevarán no sólo a otras partes de un mismo libro, sino a obras diferentes, e incluso a videos y trozos de audio relacionados con él. Aquí no hemos tocado estas posibilidades, pero en el mundo sí que se están abordando. Baste, para poner un ejemplo, con el experimento de una empresa norteamericana, *Vook*, creada en 2008 por Bradley Inman, que ha conseguido socios de la categoría de Simon and Schuster y Harper Studio, dos “pesos pesados” de la industria editorial. La empresa intenta imponer lo que llaman el “*vook*”, un neologismo que mezcla la *v* de *video* con la terminación *ook* de *book*, y que definen como

sigue: “Un *vook* es una innovación en la lectura, que mezcla el libro bien escrito, el video de alta calidad, y el poder de la Internet, para formar una historia única, completa”. En un video de su página web que explica el funcionamiento del *vook*, aclaran que este programa integra texto escrito, video y redes sociales, sin necesidad de que quien lo esté usando salga del mismo, pues las diversas funciones se encuentran íntimamente interconectadas. Explican, además, que un *vook* se puede ver, ya sea en el computador de mesa o laptop, ya en un dispositivo portátil, a saber, el iTunes de Apple.¹¹ En otro lugar de su portal dan la lista de obras que ya tienen a disposición de los clientes interesados, entre las cuales hay varias de ficción, una de consejos de belleza, otra de cocina y una sobre cómo hacer ejercicio físico en forma correcta. En todas estas obras, el texto escrito se complementa con videos hechos por profesionales, para producir un resultado novedoso.

¿Tendrá éxito el *vook* y se impondrá, o caerá en el olvido? ¿Qué otras ideas habrán de surgir, a partir de las posibilidades inmensas que nacen del nuevo carácter digital de los escritos humanos?

Hay ideas que nacen y mueren con relativa rapidez, y otras que se transforman, dejando atrás la tecnología caduca. En los años noventa, para poner un ejemplo, las grandes editoriales publicaron discos en CD-Rom, cuyo contenido eran libros, diccionarios y enciclopedias. Se destacaron obras como la *Enciclopedia Británica*, o la *Enciclopedia Encarta*, de Microsoft, que alcanzaron una popularidad enorme y produjeron nuevas ediciones cada año. El trabajo de toda una vida del padre Roberto Busa, un investigador jesuita que realizó la descomunal labor de digitalizar y sistematizar la totalidad de la obra del teólogo y filósofo medieval Tomás de Aquino, en lo que llamó el *Index Thomisticus Universalis*, se convirtió en un valioso —e igualmente costoso— CD-Rom. Pero la vida de estas obras resultó demasiado breve, pues la Internet, con el incremento cada vez mayor del ancho de banda y el desarrollo de grandes buscadores como Google, mejoró las posibilidades de los interesados, que empezaron a acudir a la red mundial para realizar sus consultas en enciclopedias como *Wikipedia* o en diccionarios online como el *Webster's Unabridged Dictionary*, el más completo diccionario de la lengua inglesa, mientras los CD-Roms envejecían en sus estantes, acumulando

polvo. Fue entonces sólo cuestión de tiempo antes de que Microsoft eliminara la publicación de *Encarta*, como en efecto lo hizo. En el caso de Busa, un sitio web español expuso la totalidad de su obra, que ahora quedaba de muy fácil acceso para cualquier estudioso, en lugar de los pocos que hubieran podido comprar el ya viejo disco.¹² Los CD-Rom, entonces, quedaron relegados a otra clase de usos, que cada vez los hacen menos importantes.

Ante ejemplos como éste, nos queda una inquietud: ¿qué pasará, en este mundo de desarrollo frenético de la ciencia y la tecnología, con el libro electrónico? No sabemos cuáles transformaciones sufrirá. Casi con seguridad, en pocos años lo que ahora consideramos lo máximo habrá quedado atrás y su recuerdo sólo nos producirá una sonrisa. Es posible que se abandone el formato de los lectores de hoy, cuyo diseño se inspira en el tamaño de los libros de bolsillo y en la forma general de los asistentes digitales personales de los años noventa. Podría ocurrir que en un futuro más o menos próximo estos lectores fueran remplazados por un papel flexible, maleable y enrollable —como si regresáramos a los volúmenes con los que el libro comenzó su periplo histórico—, pues la tecnología lo hace posible. Ignoramos ciertamente los detalles de lo que va a ocurrir, pero sabemos que el libro electrónico llegó para quedarse, y que se impondrá, sean cuales fueren las formas y desarrollos que asuma con el tiempo. Nos encontramos ante una caja de Pandora llena de sorpresas, que apenas si alcanzamos a barruntar. Y la suerte del viejo libro de papel será parecida tal vez a la que han tenido la ópera y el teatro frente a los omnipresentes cine y televisión: no desaparecerá, pero sus dimensiones serán las de una hormiga frente al elefante del libro electrónico. ■

Javier Escobar Isaza (Colombia)

Escritor, traductor y profesor titular de filosofía de la Universidad de Antioquia. Entre sus obras están: *El Recuerdo y el Silencio* (1989), *Rosita la del Vino. Cuentos* (2005). Fue director del departamento de Publicaciones de la Universidad de Antioquia y decano de la Facultad de Artes de esta misma universidad, así como el primer director de *Artes, la Revista* (Facultad de Artes, U. de A.).

Notas

1 Ver Robert Bartlett. *Panorama Medieval*. Barcelona, 2002, p. 272. En la página 273 se informa que estamos ante una edición hecha en Venecia, en 1483. Por otra parte, en la

página 331 los créditos remiten a la *Pierpont Morgan Library* de Nueva York.

Al buscar mayor información sobre la obra, se encontró que la British Library, en su *Incunabula Short Title Catalogue*, un catálogo completo de los incunables que se conservan en el mundo (recuérdese que por incunables, en sentido estricto, sólo se entienden las obras impresas antes del año 1501), incluye 182 libros con obras de Aristóteles. Y es de suponer que esta primera página de la *Metafísica* que comentamos corresponderá al registro 48 del catálogo, número ISTC ia00962000. En efecto, allí se hace referencia a la fecha de publicación de 1483, en Venecia, y se dice que en la actualidad hay un ejemplar de esta edición en la biblioteca Pierpont. Véase la página web: <<http://istc.bl.uk/search/search.html?operation=search&rsid=141081&sort=idx-years/signos>>. [24 de diciembre de 2009].

2 El catálogo de incunables de la British Library ya citado nos dice que se trata de un ejemplar de las obras de Aristóteles hecho en vitela. Era común en la época que algunos ejemplares se imprimieran en vitela y otros —la mayoría— en papel.

3 Véanse las ilustraciones hechas a mano por Durero en la primera página del manuscrito, junto con un texto de Catherine Atkinson sobre éstas, en *Aristoteles-Werke, Band 1, gedruckt von Aldus Manutius, Venedig 1495, Wiegendruck mit Miniaturlerei von Albrecht Dürer* Gottfried Wilhelm Leibniz Bibliothek - Niedersächsische Landesbibliothek Hannover, Sign. Ink 153. En línea: <http://www.renaissance-labor.de/html/gwlb_ink153.htm>. [26 de noviembre de 2009].

4 Cifra tomada de Wikipedia en español: <http://es.wikipedia.org/wiki/Proyecto_Gutenberg>. [30 de noviembre de 2009].

5 Un recorrido detallado de los pasos que ha dado Google en este proceso se encuentra en: <http://books.google.com/googlebooks/history.html>.

6 Google resume el estado de estas negociaciones, y del acuerdo ya alcanzado, aunque no vigente aún, en: <<http://books.google.com/googlebooks/agreement/>>. En la siguiente dirección se comentan los últimos detalles sobre este acuerdo, fechados el 19 de noviembre de 2009: <<http://books.google.com/googlebooks/agreement/faq.html>>.

7 Véase <<http://books.google.com/googlebooks/library.html>>.

8 Para una descripción sucinta de los diferentes formatos, véase, por ejemplo, el artículo *Comparison of e-book Formats* en Wikipedia: <http://en.wikipedia.org/wiki/Comparison_of_e-book_formats>.

9 En el momento de escribir este artículo, el Nook de Barnes and Noble no había salido al mercado, de suerte que no se sabía aún cómo se habría de comportar en la práctica, sobre todo en el caso de aquellos clientes potenciales que viven fuera de los Estados Unidos.

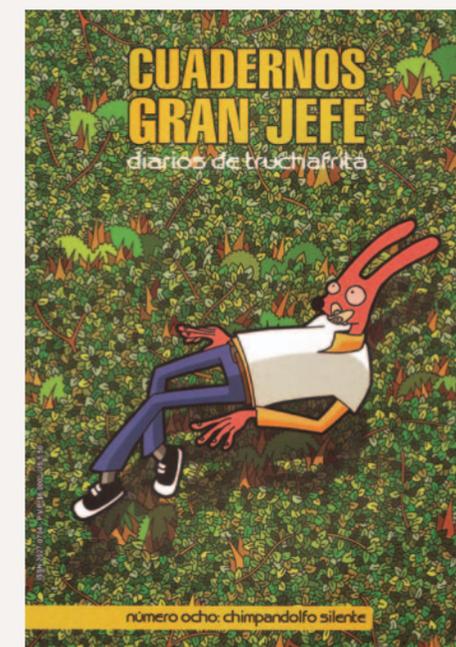
10 Stanza se descarga desde el siguiente sitio web: <http://www.lexcycle.com>.

11 Para la definición de *vook*, véase: <<http://vook.com/vook.php>>.

12 Véase la obra completa de Busa, tanto el índice como las concordancias y las ediciones críticas de las obras de Tomás de Aquino, en: <<http://www.corpusthomicum.org/it/index.age>>.



Boletín científico y cultural del Museo Universitario. Universidad de Antioquia. N.º 19



Fanzine colombiano Cuadernos Gran jefe. Diarios de Truchafrita. N.º 8: chimpancho silente Autor: Álvaro Vélez